

LA HISTORIA DEL DYADYA BAIKAL

Christine Hüttinger*

A veces parece que las cosas terrenales sostienen un vínculo con el cielo. La superficie enorme del lago se abre como gran ojo hacia el firmamento y permite que entre el reflejo divino. Quizá radique la majestuosidad del lago en ello. Yo me sumergí en sus aguas, yo crucé su extensión enorme, yo me bañé en las aguas calientes que brotan en sus cercanías. Durante mi breve estancia en sus confines intenté mantenerme alerta a los impactos sensoriales. Recuerdo con nitidez el momento cuando vi por primera vez las aguas del Dyadya Baikal. Eso es, me dije a mí misma. Así que eso es el lago Baikal, musité para mis adentros y me lo repetía varias veces. Había visto sólo una pequeña fracción del agua que se estaba introduciendo en la tierra. Primero divisé pequeños charcos que empezaban a comunicarse entre sí para abarcar cada vez más espacio. El tren en el que viajaba dio una vuelta y las exclamaciones de admiración de mis compañeros parecían inevitables cuando el lago se extendió en toda su grandeza ante el asombro de nosotros. Por toda la superficie se diseminaban minúsculas olas que formaban un cuadro viviente. Brillaban y parpadeaban en incesante movimiento. La proyección estática del paisaje con su marco de montañas y árboles adquiría vida propia. La luz era intensa, sobre el lago parecía haber una inundación de luminosidad. Esta luz era particular. A pesar de una intensidad que casi cegaba los ojos traía consigo un recuerdo de tonos plateados que hicieron que aquella monstruosidad de luz no fuera implacable. De hecho, bajo ese torrente de luz, los tonos parecían matizados. Entretejidas con el azul del cielo había franjas blancuecinas que introdujeron un matiz grisáceo a los tonos. El golpe de la sombra de las montañas no era severo en su negrura, sino suavizado, y por la introducción de los tonos blancuecinos,

* Universidad Autónoma Metropolitana-Azcapotzalco.

benévolos y clementes. La luz del norte, en toda su intensidad, proveía siempre algo de misericordia.

En los pliegues, faldas y entrañas de este paisaje reside el dios Burhan. Es un dios grande y omnipresente en su reino. Tiene lugares que le gustan más que otros y sus fieles lo saben y lo veneran de forma particular. Los sitios que le gustan al dios Burhan son aquellos de los lugares prominentes que ofrecen una visión privilegiada de su dominio, el lago. Sus fieles le honran con regalos y dádivas. Su dios es alegre y terrenal y le gusta lo mismo que a los seres humanos. Le encanta el adorno, le fascina el placer y disfruta del dinero. Si quieres hacerle una ofrenda, obséquiale cigarros y colillas, regálale unas monedas y colma los arbustos y los árboles con cintas de color. Tendrás la certeza de que el dios Burhan estará alegre y contento. Él habita en los cerros, en las colinas, en los claros del bosque, en las cimas de las montañas. Grande y extenso es su reino que brinda un testimonio secreto acerca de vínculos subterráneos y ocultados que te muestran una historia silenciada, no contada, porque fue sepultada por la oficial y dominante. La historia que te narra recibe sus ecos y resonancias de un mundo casi desaparecido, de un mundo que ha tenido que integrarse a una racionalidad eficientista que no permite recovecos en el camino de la productividad. La historia que te cuenta el dios Burhan es la del movimiento y del desplazamiento de los grandes rebaños de camellos y de borregos a lo largo de la inmensidad de los altiplanos y de los valles de Siberia Oriental. Ninguna edificación perenne impide la inmediatez de la contemplación del cielo y de las cumbres de las montañas, de los eternos glaciares y de las águilas que planean sobre los paisajes. Es la historia del movimiento y de la expansión de los pueblos que no conocieron lindero que detuviera su paso. Es la historia del susurro y del eco de tiempos desaparecidos, de aquellos tiempos en que la naturaleza todavía hablaba a los seres humanos como si fueran sus pares. Es el recuerdo de un tiempo en que los árboles albergaban a duendes y a elfos y podía suceder que el alma de una montaña se aparecía a los humanos que se sentían parte de un gran todo que no tenían que cuestionar.

Como mencioné, crucé el lago. Para tal efecto había hecho las diligencias necesarias el día anterior. Era menester dar aviso al capitán del bote para que tramitara el permiso de atracar en la otra orilla. Era temprano, y la gente empezaba a congregarse en el muelle. Allí anclaban pequeñas embarcaciones de pescadores,

botes, lanchas, todos en un estado lamentable, se balanceaban, destartalados y descarapelados, sobre el agua. De uno de los botes sacaron a un buriate anciano, completamente ebrio a pesar de la temprana hora. Los colores de la tierra eran grises, prevalecían los tonos pardos. Donde terminaba el campo, empezaba, sin franja transitoria, el lago. Al lado del muelle había casas de madera, fabricadas con toscos troncos. Los protectores de sus ventanas tenían un azul intenso que parecía captar y reflejar el color del agua. La tierra vestía colores opacos, y el agua la iluminaba con sus reflejos. El pueblo era pequeño, en la cercanía del muelle había unas tiendas. Se escuchaba el incesante cacareo de las gallinas y el balido de las cabras y de los borregos. Venían, de vez en cuando, camionetas que traían mercancía. La gente estaba esperando enfrente del barco en pequeños grupos. Dos mujeres llevaban una lista en sus manos. A veces, alguien las abordaba y ellas checaban los nombres registrados. Había una pareja festiva. El hombre era vivo, abierto, con amplios gestos enseñando y explicando algo a su compañera. Ella era silenciosa, sonriente, afable. Sus ojos azules contenían el tono del cielo, y su gentil sonrisa saludaba a las criaturas. Pertenecía a esta clase de gente que no necesitaba justificar su presencia. No como otros, como yo, siempre impulsados por el aguijón de la duda y de la incertidumbre. Gente como yo que siempre sentía el afán y la necesidad de justificarse a sí misma.

Serguey, en cambio, era abierto, resuelto, seguro, oteando el terreno. Él entabló la conversación conmigo. Era ingeniero, trabajaba en la generación de energía eléctrica y había combatido en Afganistán. Siempre, en aquella región, los hombres estaban relacionados con el ejército y con la guerra. Nos regaló su reloj de combate que no marcaba las horas. ¿Cuál era su sentido? Pero eso sucedió después en un acto que me es difícil olvidar.

En el ínterin nos habían dado permiso de subir al barco. Buscamos lugares de sombra apretujándonos porque a pesar de la temprana hora pegaba ya el golpe del sol. Tuvimos que esperar hasta que se completara el proceso de acomodar los bultos acarreados, destinados al abastecimiento del pueblito en la otra orilla del lago. Cabezas de coles se confundían con fardos de carne amarrada y los costales con papas servían de base para este cuadro de naturaleza muerta que no tenía finalidad artística alguna y que empezó a ocupar el espacio destinado a los pasajeros, de por sí bastante reducido. Concluidos los procesos de carga y de registro, la embarcación zarpó. Apoyado contra el barandal del barco,

Serguey comía semillas de los pinos, un producto minúsculo que se obtiene en un arduo trabajo de desmenuzar, abrir, buscar y sacar de la cáscara. Junto a él, Lyuda. Aquí estamos en el paraíso, me decía, aquí no hay hora, no hay tiempo, no hay compromisos, sólo tienes que gozar lo que la tierra, la vida, te regala. Todos estaban celosos de cuidar al Dyadya Baikal. Los fumadores fueron advertidos de no tirar las colillas en sus cristalinas aguas. Mientras platicaban en la cubierta del bote, en busca de sombra, me di una vuelta por el barco. En la popa habían instalado una mesa, alrededor de la cual se encontraba un grupo de mujeres compartiendo alegremente bebidas y comida. El agua deslumbraba, el sol se hacía cada vez más fuerte, y nos acercábamos a la otra orilla. Ya se distinguían el muelle, la playa de gravilla, unas casitas, y detrás, el monte, alto, boscoso y silencioso. La gente se levantó y se apoyó en los barandales para ver el espectáculo del acercamiento a la tierra. Atracamos, bajamos del barco. Nos formamos en la fila para entrar en la casa del registro. Nos habían registrado cuando salimos de la otra orilla. Tres horas más tarde, al llegar, había que formarse nuevamente en fila para dar aviso de que efectivamente pisábamos esta tierra. ¡La fascinación por los números! ¿Había una correspondencia entre la vastedad del territorio administrado y la casi imposibilidad de comprenderlo, de abarcarlo por instrumentos que dejaran testimonio análogo de lo que, a todas luces, se escapaba a la comprensión sensorial? ¿Había atrás el afán de controlar, de meter en un esquema único las diferentes manifestaciones de la vida? Una voluntad central se hacía sentir detrás de estos listados, libros de registro, pases, credenciales que, a fin de cuentas, tenían la finalidad de intentar controlar la vida, sacarle una esencia y simbolizarla en otro lenguaje. Pase de salida, pase de entrada, pasaporte para los viajes en el interior, pasaporte para los viajes en el exterior, siempre era necesario justificarse más allá de la mera presencia física. Más allá de su ser corpóreo, las autoridades no sólo eran de carne y hueso, sino ostentaban telas particulares, materiales tangibles, traían uniformes, sacos, condecoraciones, botones dorados, zapatos lustrados, peinados impecables, y, siempre, la mirada escrutadora de alguien que sabe, a ciencia cierta, qué lugar ocupar en el complicado entramado de coordenadas, puntos, ángulos y líneas que componían el sistema al que pertenece. Todos ellos significaban la cara ciega de una voluntad caprichosa cuya manifestación tangible eran sellos, estampas y visados. Esta voluntad se perdía, a veces, de la vista

de los mortales comunes. Los puntos amorfos que descendimos del barco empezamos a ordenarnos en hilera para cruzar el muelle y para alcanzar tierra firme. Esta fila tenía como objetivo la casa del registro que hacía las veces de un imán poderoso donde nos congregamos, descansamos nuestros bultos, nuestro equipaje, nuestros bolsos que contenían las provisiones necesarias, cobijas, bolsas de dormir, botellones con agua, fruta, comestibles y alcohol. Se formaban pequeños grupos, perlas engarzadas a un collar, que se buscaban, se reconocían, charlaban y se reían. Pero no avanzaba la hilera porque la persona encargada de realizar los trámites pertinentes no había llegado aún.

Preguntamos por el regreso. Que no había, que sí había, pero dentro de una hora. Que en tres horas. Tiempo suficiente para conocer el lugar. ¿Habían pedido comida? ¿No? En la incertidumbre nacida por la ignorancia de las reglas, Lyuda y Serguey nos jalaban consigo. En una mesita rústica frente a la plateada superficie del lago habían dispuesto un banquete de pescado *omul*, propio del lago y un pariente lejano del salmón, recién ahumado. Había sol, pan, pescado, agua, sal y la alegría de vivir. Enfrente de nosotros revoloteaban enormes gaviotas que venían en busca de comida y que tocaban con sus alas el agua. Hasta donde alcanzara el ojo, el paisaje estaba inmerso en esta inmensa y brillante luz. Le regalé a Lyuda una de mis pulseras chiapanecas que la aceptó con mucha alegría y la sujetó inmediatamente alrededor de la muñeca, pidiendo mi ayuda.

Nos encaminamos hacia el bosque. Dulzón era el olor, los pinos exhalaban la fragancia de su resina. El calor era dulce e implacable. Lentamente subimos por un sendero arenoso. Entramos a un camino que nos llevaba a las aguas termales. Lyuda y yo queríamos meternos al agua que tantas propiedades medicinales tenía como ella me aseguraba. El paraje era un *locus amoenus*, tenía todos los elementos que se esperaban de un rincón bucólico y provocaba que te invadiera una sensación de paz y serenidad. Nos cambiamos de ropa. Lyuda salió del camerino con un bikini color rosa. Se veía preciosa. El cuerpo de esta mujer de cincuenta y cinco años ostentaba la fragilidad y elegancia de una joven, esbelta, pudorosa en su desnudez, con piernas largas y brazos que subrayaban rítmicamente cada paso.

Las albercas estaban llenas, los niños con movimientos rápidos se desplazaban de un lado hacia el otro, vigilados por sus abuelas, mujeres gordas con pechos enormes, enfundadas en trajes

de baño pasados de moda quienes sostenían entre sí una charla animada. Los árboles eran los centinelas que recibían la ola de risas, pláticas, gritos y el afán alegre de gozar la vida.

Pero yo empecé a sentirme mal. Mi cuerpo no resistía el sol, el calor. Descendimos nuevamente hacia la orilla del lago para esperar la llegada del barco. Atracó uno, y nos levantamos para conseguir el pasaje, pero eran pescadores, de rasgos mongoles, hombres fuertes y de movimientos bruscos, que no llevaban pasaje y de furtiva estancia en Xakuzi. Cuando empezó a caer la noche, se acercó el barco de pasajeros. Lo abordamos, acompañados y despedidos por Serguey y Lyuda. El barco despegó de la orilla y nos volvimos para saludar. Lo último que vimos, y desde lejos, fue el blanco brazo de Lyuda que había alzado para despedirse y de cuya muñeca ondeaba, mecida por el viento, la pequeña cinta de color.